

zarle y besarle, dándole gracias en alta voz y con lágrimas en los ojos por haberle salvado la vida (1). »

¡ Y hay hombres que no dan gracias á Dios por haberles librado de la muerte eterna ! ; Oh, qué barbárie !

Sin embargo, piadosos cristianos, la mejor manera de alabar á la Virgen *bendita entre todas las mujeres y al fruto bendito de sus entrañas*, es conformarnos todo lo posible con estos divinos modelos; y para, salir bien de esta empresa, la más saludable y la más gloriosa de todas es observar con valor y perseverancia este pequeño reglamento trazado por san Alfonso :

« Asistir cada día, si es posible, á la santa Misa.

« Decir antes de empezar nuestro trabajo : « Dios mio, os ofrezco mis fatigas y mis penas para la expiación de mis faltas, para la conversión de los pecadores y para el alivio de las almas del Purgatorio ».

« En la cólera ó en el infortunio, no proferir blasfemias ni imprecaciones, sinó decir : « ; Dios mio, dadme paciencia y resignación ! »

« Antes y después de comer, no olvidarse de dar gracias á Dios.

« Evitar cuidadosamente el pecado mortal, y todo lo que para vosotros fuese ocasión de cometerlo.

« Ser fieles á los deberes de vuestro estado.

« Por la noche rezar en familia, si es posible ; consagrar algunos instantes á examinar vuestra conciencia; y rezar, como por la mañana, tres *Ave María*, en honor de la Virgen Inmaculada. Después id á descansar y decid : « He de morir, mas no sé cuándo ; he de morir, mas no sé dónde ; he de morir, mas no sé cómo : lo que no ignoro es que si muero en pecado mortal, seré arrojado al infierno. » Si en aquel momento os sentís gravemente culpables, procurad hacer un acto de contrición y tomad la resolución de confesaros lo más pronto posible.

« El domingo y en las fiestas de guardar, no falteis á la santa Misa ; absteneos de toda obra servil, y asistid á las vísperas y á la oración de la noche.

(1) *Le Monde*, viernes 10 de Octubre de 1789, pág. IV, en lo alto de la columna 6 : *Un cheval intelligent*.

« Observad fielmente la abstinencia en los días prescritos por la Iglesia.

« Esforzáos en comulgar en las principales solemnidades, y cuando menos no descuideis el cumplimiento del deber pascual.

« Haced estas cosas y será buena vuestra vida, santa vuestra muerte, dichosa vuestra eternidad, » porque Jesús os dirá : No habeis dejado de bendecir á la divina Madre y al fruto de sus entrañas : me complazco en reconoceros como á bendecidos por el Padre celesti ! : venid pues á tomar posesión del reino que os tengo preparado desde el principio del mundo. Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOQUINTA.

EL AVE MARIA.

INSTRUCCION NOVENA.

NECESIDAD DE IMPLORAR, DURANTE LA VIDA, PERO SOBRE TODO A LA HORA DE LA MUERTE, A LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA, POR SU PODER Y POR NUESTRA MISERIA.

TEXTO. — *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis, nunc et in hora mortis nostræ. Amen...* Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

(ESTAS PALABRAS SON DE LA SANTA IGLESIA CATOLICA).

EXORDIO. — Carísimos hermanos, « una niña irlandesa, á quien se hacía ir por fuerza á una escuela protestante, lloraba oyendo con frecuencia decir blasfemias contra la Santísima Virgen. Un día, en presencia de un lord protestante, se le hizo esta objeción : — « Tú que pretendes que María, madre de Jesús, es Reina del cielo, ¿cómo lo sabes? ¿Dónde lo has visto? » Aquella niña tenía una fé viva en que

Nuestra Señora es Reina del cielo; pero jamás se había preguntado cómo lo sabía. Así es que de momento se hizo atrás ante esta pregunta que se le hizo, como si la hubiesen dado un golpe; después, echando atrás su rubia cabellera, que la venía á la cara, y recobrando su aplomo, dijo: — « ¿Me preguntais cómo sé que la Virgen santísima está en el cielo? ¿Dónde estaría, pues, si no estuviese allí? porque vosotros los protestantes no admitís la existencia del Purgatorio. Pues si no estuviese en el cielo, estaría en el infierno, y á la verdad Jesús sería un hijo muy amable, si enviase también al infierno á su madre que le quiso tanto. » Esta contestación, que á los católicos les parecería muy sencilla, causó gran admiración al canciller protestante en cuya presencia se pronunció (1). » Nosotros, hermanos míos, que tenemos la dicha de ser hijos de la Iglesia verdadera, creemos, como aquella excelente niña, que María reina, á la diestra de Jesús, en el reino celestial, y derramaríamos nuestra sangre para dar testimonio de nuestra creencia.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Me alegro de haberos hecho ver cuánta razón tenemos en invocar á la Virgen Inmaculada. *Sancta Maria, Mater Dei*, es la Santa madre de Dios, y por lo tanto es omnipotente para socorrernos. *Ora pro nobis peccatoribus*, siendo pecadores, tenemos una necesidad extrema de su asistencia: *nunc et in hora mortis nostræ*, en todos los instantes de la vida, pero especialmente, en la hora de la muerte.

Como seré más extenso que de costumbre, apelo á vuestra indulgencia.

INVOCACIÓN. — ¡Oh María! si os dignais instruir vos mismas, desde hoy en adelante, á quien con más anhelo recorrerán, en las miserias del cuerpo y en las del alma, será á vos, Refugio del los pecadores y Esperanza de los desesperados; á vos, constituida por Dios, Señora y Dueña del tesoro divino y Dispensadora de todos los favores. ...ad pues, oh Virgen llena de gracia y de sabiduría! ¡Hablad, os ruego, al corazón de los que me escuchan y os saludan! *Ave María*. —

Primera parte. — *Sancta Maria, Mater Dei*. Estas palabras, pia-

(1) *Semaine relig.* de Besançon, 1879, pág. 119.

dosos fieles, enuncian los títulos que confieren un poder sin límites á la Virgen de Nazareth. Ella es poderosa, porque es santa; poderosa, porque es soberana, porque tal es el sentido de su nombre; poderosa, porque es Madre de Dios.

Reunidos en un solo grupo, los méritos y cualidades de todas las criaturas, tanto humanas como angélicas, serían, ante las prerrogativas y perfecciones de la Virgen, como una imperceptible paja ante un inmenso montón de gavillas. Si, con estar simplemente en estado de gracia, se está ya en el primer escalón de la santidad, juzgad, hermanos míos, á qué altura debe estar Aquella á quien el arcángel estuvo encargado por el Rey de los cielos de llamar llena de gracia (1). La persona que guardase fielmente los mandamientos de la ley de Dios, siguiese con todo rigor los consejos del Evangelio y practicase todas las virtudes hasta al heroísmo más sublime, esta persona, aún siendo una santa de primer orden, sería sin embargo inferior á los espíritus bienaventurados. ¿Qué diremos entonces de la criatura preservada de la mancha del pecado original, dotada del tesoro de todas las perfecciones imaginables, eclipsando al más glorioso de todos los querubines? Su santidad, hermanos míos, es de tal modo grande que únicamente la sobrepuja la del Señor. Éste es la santidad misma; la Inmaculada es su imagen más parecida: él es la fuente, ella es el más límpido arroyo: él es el sol, ella su más vivo rayo.

« Dios no encontró sobre la tierra una Virgen más santa que María, » declara un ilustre doctor..

« ¡Oh María! añade san Alfonso, vos sois la más noble, la más sublime, la más pura, la más bella... la más santa de todas las criaturas. »

Precisamente por esto, hermanos míos, es poderosa. En efecto, los santos son los amigos de este Dios que sólo estima y ama la santidad. Cuanto más brillante es su aureola, mayor es su crédito cerca de la corte celestial. ¡Cuál pues no debe ser el poder de Aquella que tiene muchos más méritos y virtudes que todos los santos y todos los ángeles juntos!

Además, el nombre de María que quiere decir « Soberana », ¿no da

(1) S. Juan Crisóstomo.

á entender que está investida del poder supremo? Se dirá tal vez : nada tiene que ver el nombre con la cosa ó la persona.

No lo niego; pero esta regla, si la hay, forma excepción para la Virgen. Las prerrogativas designadas por su nombre, las posee en toda realidad, porque ocupa el primer lugar en el reino de la gloria, porque tiene su asiento en el coro del templo de los cielos; ella ocupa, á la derecha de su Hijo, un trono más resplandeciente que los astros, al pié del cual se postran los príncipes de la milicia celestial; ella es admitida en el seno de la Trinidad, como individuo de la familia: ella es la Hija del Monarca del cielo y de la tierra, y por consiguiente debe participar de su autoridad mucho más que cualquier otra criatura.

(¡ Oh María !) « todo es admirable en vos, todo excede en vos a nuestros pensamientos, y el poder que cerca de vuestro Hijo teneis no puede ser comprendido ni mucho menos explicado. »

« ¡ Oh santa Soberana! vos teneis el poder, nada resiste á vuestras peticiones, todo cede á vuestras órdenes. »

Así se expresan san Germán de Constantinopla y san Jorge de Nicomedia.

La gloriosa Brígida, tan célebre por las revelaciones que recibió de lo alto, vió un día á los ángeles postrarse ante la augusta Virgen, y oyó que la decían : « Tú eres la Reina del universo, tú tienes un poder absoluto y tus deseos jamás dejan de ser ejecutados. »

Sin embargo, cristianos, lo que pone el colmo al poder de María es el ser Madre de Dios: sí, Madre de Dios. El protestante lo confiesa; ¡ qué digo! el mismo turco lo reconoce; en cuanto al católico, se regocija de ello.

Nestorio, que había tenido la osadía de pretender lo contrario, fué anatematizado en el Concilio general de Éfeso, en el año 431; y su malvada lengua, que se había prestado á blasfemar contra la divina maternidad de María, fué roída en vida por los gusanos. Desde aquel tiempo fué que la Iglesia, para dar una satisfacción á la santísima Virgen, creyó deber añadir á la Salutación angélica, la oración que empieza con estas palabras : « Santa María, Madre de Dios (1). »

(1) *Hist. ecclés.*, por Rivaux, t. 1, pág. 425.

En virtud de esta dignidad infinita, la Virgen es, en cierto modo, infinitamente poderosa. Si no lo fuese, sería que Dios no habría ni podido ni querido hacerla tal; si no hubiese podido, entonces habría sido de peor condición que un rey de la tierra que puede establecer una regencia y delegar su poder, como por ejemplo san Luís lo hizo en favor de la reina Blanca. ¿ Tendríase el atrevimiento de decir que no quiso? Él, el mejor de los hijos; él, que en la tierra se dignó prodigar á María las más delicadas pruebas de ternura, se negaría á dárselas en el paraíso? No lo creais jamás. Antes al contrario, le atestigua todavía más amor y reverencia; y con la dignidad de soberana de su reino, la defirió el ejercicio del poder supremo.

Quod Deus imperio, tu prece, Virgo, potes. Si el Rey del cielo es omnipotente por naturaleza, la Reina del cielo es omnipotente por la oración. ¿ Quién lo afirma? Los Padres de la Iglesia. « ¡ Oh María, exclama san Germán, vos sois la Madre de Dios, vos sois omnipotente, y no teneis necesidad de recomendación alguna cerca del Señor, puesto que sois la madre de la verdadera vida. »

« Todo obedece al mandato de la Virgen, nos asegura san Bernardino de Sena, es decir que el Eterno oye favorablemente las súplicas de su Madre, como si fuesen órdenes.

« El Señor, dice san Anselmo, la ha elevado á un grado tan alto de poder, que puede obtener de él, para sus servidores, todas las gracias posibles. »

Segunda parte. — Sin embargo, piadosos fieles, no es bastante que la Virgen Inmaculada nos pueda auxiliar, es menester además que lo quiera.. ¿ Lo quiere? ¡ Oh! no nos quepa duda alguna sobre este punto.

Non deest Mariæ potestas, quia Mater est omnipotentia. No carece María del poder de acudir en auxilio nuestro, puesto que es la Madre del Poder santo, dice el santo abad de Clairvaux; *nec deest impetrandi voluntas, quia Mater est misericordia,* ni le falta tampoco voluntad para defender nuestra causa, porque es la Madre de la misericordia.

Y no es esto poca suerte para nosotros, infelices pecadores, cuyas

faltas son innumerables, *in multis offendimus omnes*. ¿Qué sería de nosotros, en el supuesto de que á nadieuviésemos en el reino de los cielos para aplacar la cólera del Eterno? Afortunadamente tenemos una abogada no menos buena que poderosa. Si, como la fé nos lo enseña, es muy útil para nosotros invocar á los santos ¿qué sera si recurrimos á su Soberana?

Por añadidura, no hacerlo es ofenderla, según san Buenaventura, que dice: « No pecan solamente contra vos los que os blasfeman, ¡ oh Virgen María! sino también los que no os ruegan: *non solum in te peccant, o Virgo, qui te blasphemant, sed etiam qui te non rogant.* »

¡ Oh! qué gracias se obtendrían, si se repitiese á María, desde el fondo del corazón, esta humilde plegaria de san Alfonso:

« ¡ Oh Madre de Dios! Ved ahí á vuestros piés á un miserable pecador, esclavo del infierno, que á Vos acude y pone en Vos su confianza. No merezco ni siquiera que dirijais sobre mí una mirada; pero sé que, viendo á vuestro Hijo muerto para salvar á los pecadores, tenéis inmenso deseo de socorrerles. ¡ Oh Madre de misericordia! Considerad mis miserias y apiadáos de mí. Oigo que se os llama Refugio de pecadores, Esperanza de los desesperados. Auxilio de los abandonados; vos sois pues mi refugio, mi esperanza, mi auxilio. A vos os toca salvarme por vuestra intercesión. Socorredme por amor de Jesucristo; tended la mano á un miserable pecador que ha caído y se encomienda á vos. Sé que es para vos un consuelo acudir en auxilio del pecador, cuando os es posible; ayudadme pues ahora que podeis. Por medio del pecado he perdido la gracia divina y mi alma; ahora me pongo en vuestras manos: decidme lo que debo hacer para recobrar la amistad de mi Dios, y dispuesto estoy á ejecutarlo. Él me envía á vos para que vos me ayudeis, quiere que acuda á vuestra misericordia, á fin de que no solamente me ayuden á salvarme los méritos de vuestro Hijo, sino también vuestras oraciones. A vos pues acudo; vos que rogais por tantos otros, rogad también por mí á Jesús: decidle que me perdone, y él me perdonará. Decidle que desais mi salvación, y él me salvará (1). »

(1) S. Ligor., t. XVII, pág. 101; edición Vivés.

Esta humilde y conmovedora súplica reasume perfectamente la doctrina de la Iglesia, referente al poder de la Virgen cerca del trono divino y la grandeza de su misericordia para con los pobres pecadores. Añadiendo el ejemplo al precepto, citaremos un hecho entre mil:

« Un soldado llevaba una vida criminal; por fortuna tenía una mujer temerosa de Dios y devota de la Reina de los cielos. Condújose tan bien la virtuosa esposa que logró que su marido ayunase todos los sábados en honor de la santísima Virgen María, y que rezase el *Ave Maria* siempre que encontrase una imágen suya... Ahora bien, cierto dia en que se encaminaba él á una casa para satisfacer una mala pasión, sucedióle que pasó por delante de una iglesia. Entró en ella y, viendo en el altar una imágen de la Virgen santísima, arrodillóse para rezar su *Ave Maria*. Apenas habia empezado cuando vió ¡ oh prodigio! al Niño Jesús todo cubierto de herida y de sangre en el regazo de su Madre. « ¡ Virgen santa! exclamó el soldado movido á compasión, ¿ quién es el miserable que tanto daño ha hecho á vuestro amable Hijo? — Eres tú, respondió la Santísima Virgen, tú mismo y los otros pecadores como tú: vosotros, más crueles que los juicios, crucificais á mi hijo cada vez que pecais. — ¡ Oh Madre de misericordia! repuso el soldado arrepentido; rogad por mí á vuestro divino, Hijo, y alcanzadme el perdón de mis crímenes. — Vosotros los pecadores, añadió la Santísima Virgen, me llamais Madre de misericordia, y do cesais de hacer de mí una madre de miseria. — ¡ Ah! no me habéis, Virgen santa: antes bien acordáos de que sois la Abogada de los pecadores, y no me abandonéis. »

Entonces María, volviéndose hácia el Niño Jesús, le dijo: « Hijo mio, por mi amor, perdona á este miserable pecador que con tanto fervor me invoca. — No te sorprenda, Madre mia, de que en este momento no te escuche, respondió el divino Niño, pues yo rogué á mi Padre celestial que me librase de mi pasión y no me atendió.

— « ¡ Ah! Hijo mio muy amado, acuérdate de la ternura con que yo te amanté, y por consideración mia perdona á este desgraciado que con tanta insistencia se encomienda á mí.

— « No te aflijas, tierna Madre mia, si no te atiendo; también yo rogué á mi Padre por segunda vez, y no me atendió.

Fruto bendito de mis entrañas ; Ah ! acuérdate de las lágrimas que por tí he derramado al pié de la cruz y, en cambio de tantas angustias, dame este pobre pecador.

— ¡Paciencia, Madre mia muy amada! y no te ofendas por mi negativa ; porque yo mismo, después de haber rogado á mi eterno Padre hasta tres veces, no obtuve la gracia que solicitaba. »

No se desanimó por esto la Virgen santísima, antes al contrario, levantándose, puso al divino Niño sobre el altar, y se dispuso á arrodillarse delante de él.

— ¿Qué quieres hacer, Madre mia? la preguntó el Hijo.

— Quiero, respondió la Madre, estar postrada á tus piés hasta que hayas perdonado á este desdichado pecador.

— ¡ Oh ! esto no lo consentiré, repuso el divino Niño, porque el hijo debe honrar á su madre ; á mí pues me toca honrarte, pues tú eres mi digna Madre. Así, por amor tuyo, perdono á este miserable todos sus pecados ; y en señal de reconciliación, que se acerque, le admitiré á besar mis llagas.

« El pobre pecador consolado en gran manera, se acercó al Niño Jesús, y besó una tras otra sus llagas, que se fueron cerrando todas á medida que á ellas aplicaba los lábios. Dió gracias á Jesús y á María y luego volvió á su casa. Poco después marido y mujer entraron, de común acuerdo, en religión, donde acabaron piadosamente sus días(1). »

Tercera parte. — Pero, hermanos míos, si, durante la vida, tenemos necesidad á cada instante del auxilio de la divina Protectora, ¡ cuánto más necesaria nos es su asistencia en la hora de la muerte !

Éste es el más terrible de todos los instantes. *A quo pendet æternitas*: de él depende una eternidad de delicias ó de tormentos. Si los más grandes servidores de Dios no pueden pensar en aquella hora sin temblar, ¿ qué sobrecojimiento no debería apoderarse de miserables pecadores como nosotros? Abandonados á nuestras propias fuerzas, sucumbiríamos inevitablemente bajo los golpes del enemigo. El príncipe de las tinieblas centuplica entonces su furor y sabe comunicarlo á sus negros satélites. Si los Hilarios, los Antonios, los Jerónimos, los

(1) Leonardo de P. M., *Serm. miss.*, t. II, edición Casterman.

Martines, las Teresas y tantos otros santos y santas, han visto al demonio al pié de su lecho de muerte, no nos vanagloriemos nosotros de librarnos de aquella visión horrible, antes bien estemos seguros de recibirla, sin falta. La célebre y angelical Bernadette la recibió, apesar de que la Inmaculada la había prometido hacerla dichosa en la otra vida. Oigamos al sabio y piadoso historiador que nos refiere el fin de la Vidente de Lourdes :

« Ningun alma, dice, por pura ó purificada que sea, puede aproximarse á la muerte, sin estremecerse y sin sentirse invadida, al menos por algunos instantes, de una angustia suprema. Los terrores vagos y frios, los lazos de la serpiente tenebrosa, permanecen en el temible umbral que señala el límite del tiempo y de la eternidad. El lunes de Pascua (1879) la hermana María Bernard sintió pasar por encima de ella el helado soplo del terror. « ¡Tengo miedo, murmuró, tengo miedo ! He recibido tantas gracias, ¡ah! que tiemblo de no haberme aprovechado de ellas como debía » Durante la noche el tentador celoso, caído en otro tiempo del cielo, probó de turbar y hacer caer, en su marcha ascendente, á la que subía para siem pre hácia aquel paraíso de delicias de donde él había sido arrojado pasa siempre. Repetidas veces se oyó la voz de María Bernard que gritaba : « ¡ Véte, Satanás ! ; véte, Satanás ! (1). »

Es cierto pues, hermanos míos, que si el diablo vaga á nuestro alrededor, mientras vivimos, para devorarnos, este rugiente león acecha el minuto en que vamos á exhalar el alma, para arrastrarla á su infernal guarida. Entregados á nosotros mismos, seríamos vencidos ; para ser vencedores, necesitamos una aliada muy poderosa ; ¿ tendremos una ? Sí, cristianos ; María no nos abandonará, si la oramos con fervor. Esta aserción mil y mil historias la confirman. Ved ahí tres que refiere san Leonardo de Port Maurice :

« Un religioso llamado Adolfo, fiel servidor de Dios y de María, temblaba en el momento de aquel terrible trance que hace temblar hasta á los santos más grandes ; el pavor de la muerte le hacía sudar.

(1) *Bernadette, Sœur Marie Bernard*, por M. H. Laserre ; edición en 12. pág. 353.

La Virgen Santísima, al ver sus angustias, sintió se movida á compasión y se presentó á él para animarle. Empezó por reprenderle por no haber tenido confianza en ella. « ¿ Porqué, le dijo, tan gran temor de la muerte? ¿ No has sido siempre servidor mio? ¿ No estás ahora bajo mi custodia? Y pues ¿ de qué tienes miedo? ¿ No sabes que yo amo sin medida á aquellos que me aman, y que soy demasiado constante para abandonar, á la hora de la muerte, á los que no me han abandonado durante su vida? »

« Igual ternura demostró con san Juan de Dios, quien, encontrándose en los últimos momentos, sudaba y le temblaban todos los miembros. La Madre de Dios se le apareció y, enjugándole el sudor frio que de su frente brotaba, le reanimó y le consoló con estas dulces palabras : « Juan, sería indigno de mí abandonar á mis servidores en esta hora suprema. Sería una conducta que no me sienta bien, y que jamás fué la mia, eso de abandonar, en la hora de la muerte, á aquellos que durante su vida me han servido fielmente. »

Finalmente, un religioso llamado Antonio, gran devoto de María, se hallaba en sus extremos : hizo llamar á su confesor, y le dijo : « Sabed, padre, que moriré el sábado, dia dedicado á la Santísima Virgen. — ¿ Cómo lo sabeis? le preguntó el confesor. — « Lo sé porque la Santísima Virgen se me ha aparecido y me lo ha dicho. Por eso estoy tan sumamente alegre, por esta feliz noticia. » Mas aquella alegría duró poco, porque, desde la noche siguiente, se vió asaltado por los demonios, que, bajo las formas más horribles, le amenazaban con la reprobación eterna. El pobre enfermo lanzaba gritos, se agitaba, se retorció y quería arrojarse fuera de la cama ; hasta lo habría hecho, si no le hubiesen contenido. Al ruido que hacía, todos los religiosos del monasterio acudieron y se pusieron á rezar por él. Mientras estaban rezando, oyeron al pobre moribundo decir con sofocado acento : « No es verdad, yo jamás he cometido este pecado, es una pura mentira... Es verdad, lo cometí, pero hice penitencia por él... Sí, tomé una fruta sin permiso y bebí un poco de vino sin *benedicite*, pero de esto me confesé. » Y mientras hablaba así, los demonios hacían grandes esfuerzos para arrastrarle. Mas de repente, la bienaventurada Virgen María, de quien había sido tan devoto durante su vida, acudió en au-

xilio suyo : apareciósele con una cara radiante, puso en fuga á aquella bandada de espíritus infernales y consoló á su fiel servidor quien, durante todo el viernes y el sábado hasta la noche, no cesó de invocar y alabar á María, y exhortar á todos los presentes á que fuesen devotos de María. Después, en el momento en que se tocaba *el Ave Maria*, es decir el *Angelus*, entregó dulcemente su alma á Dios (1). »

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, en la instrucción de este dia, he creído deber concretar las consideraciones y multiplicar los ejemplos, porque éstos son mucho más adecuados para hacernos tocar con el dedo, por decirlo así, la inmensidad de la misericordia de la Santísima Virgen por los pecadores que la imploran. ¡ Con qué! no pasemos ni un dia sin darle muestras de veneración, de confianza y de ternura. Si durante nuestra vida la invocamos con fervor, de fijo no nos abandonará en la hora suprema, y entonces saborearemos el fruto delicioso de esta oración : *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, infelices pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen...* Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOSEXTA.

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

INSTRUCCION PRIMERA.

PREPARACIÓN PARA EL SACRIFICIO.

TEXTO. — *Introibo ad altare Dei...* Entraré hasta el altar del Señor.

(SALMO XLII, VERS. 4.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, la reina de las oraciones es la santa Misa. En la oración dominical y en la salutación angélica, son mortales quienes imploran al Señor y á su divina Madre ; pero en el Sacrificio adorable, es un Hombre-Dios quien ruega al Omnipotente

(1) S. Leonardo de P. M., *Serm. miss.*, t. II, pág. 36.